

# DESARROLLO RURAL Y COOPERATIVISMO AGRARIO EN ECUADOR

Trayectorias históricas de los pequeños productores en  
la economía global

---

GERMÁN CARRILLO GARCÍA



Madrid, 2014



## MINISTERIO DE AGRICULTURA, ALIMENTACIÓN Y MEDIO AMBIENTE

### Edita:

© Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente  
Secretaría General Técnica  
Centro de Publicaciones

### Distribución y venta:

Paseo de la Infanta Isabel, 1  
28014 Madrid  
Teléfono: 91 347 55 51 - 91 347 55 41  
Fax: 91 347 57 22

### Diseño, maquetación, impresión y encuadernación:

Taller del Centro de Publicaciones del MAGRAMA

NIPO: 280-14-119-8

ISBN: 978-84-491-1392-5

Depósito Legal: M-20615-2014

Tienda virtual: [www.magrama.es](http://www.magrama.es)

e-mail: [centropublicaciones@magrama.es](mailto:centropublicaciones@magrama.es)

Cátalogo General de publicaciones de la Administración General del Estado:

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

**Datos técnicos:** Formato: 13 x 20 cm. Caja de texto: 10,3x16 cm. Composición: Una columna. Tipografía: Times New Roman a cuerpo 10. Encuadernación: Rústica. Papel: Interior en offset ahuesado de 90 gramos. Cubierta en estucado semimate de 300 gramos. Tintas a 4/4.

En esta publicación se ha utilizado papel libre de cloro de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública.



PAPEL RECICLADO  
LIBRE DE CLORO

# ÍNDICE

Prólogo, por Luciano Martínez .....	11
Líneas preliminares.....	15
Abreviaturas.....	21

## PRIMERA PARTE: METAMORFOSIS DEL MUNDO RURAL

<b>CAPÍTULO 1: La transformación del mundo rural .....</b>	<b>27</b>
<b>1.1. Conexiones y problemas .....</b>	<b>27</b>
<b>CAPÍTULO 2: Las huellas del desarrollo rural. Elaboraciones teóricas y políticas agrarias .....</b>	<b>53</b>
<b>2.1. Desarrollo y crecimiento: entre la teoría y la tautología .....</b>	<b>53</b>
<b>2.2. De la expansión colonial a la dependencia primaria .....</b>	<b>60</b>
<b>2.3. A la zaga de las teorías económicas .....</b>	<b>63</b>
<b>2.4. Tendencias historiográficas y teorías contemporáneas sobre la cuestión agraria .....</b>	<b>76</b>
<b>CAPÍTULO 3: Haciendas y plantaciones .....</b>	<b>93</b>
<b>3.1. La comunidad andina y la hacienda .....</b>	<b>97</b>
<b>3.2. Las discusiones sobre el colapso del régimen gamonal .....</b>	<b>102</b>
<b>3.3. Indios e indigenismo.....</b>	<b>106</b>
<b>3.4. Aparcerías, cultivos y resistencias en las plantaciones de la costa ..</b>	<b>111</b>
<b>CAPÍTULO 4: Reformas agrarias y cooperativismo rural .....</b>	<b>121</b>
<b>4.1. Reformas agrarias, contrarreformas y revolución verde .....</b>	<b>121</b>
<b>4.2. El cooperativismo agrario: entre el desarrollo de la comunidad y la economía de mercado .....</b>	<b>134</b>

## SEGUNDA PARTE: TRAYECTORIAS HISTÓRICAS

<b>CAPÍTULO 5: Del modelo desarrollista de Galo Plaza a las reformas agrarias. La Colonia Agrícola Shumiral, 1950-1973 .....</b>	<b>149</b>
--	------------

5.1. Hacia la consolidación y modernización del estado ecuatoriano ....	150
5.2. Colonia Agrícola Shumiral: una tradición de lucha por la tierra. Los conflictos con la United Fruit Company .....	155
5.2.1. Cuando la United Fruit Company bajó al Sur .....	155
5.2.2. Los conflictos entre campesinos colonos de Shumiral y la United Fruit Company. Consolidación de la Colonia Agrícola Shumiral (1956-1970) .....	157
<b>CAPÍTULO 6: UROCAL: de colonia a cooperativa agrícola, 1974-1980...</b>	167
6.1. Los años setenta: entre la Segunda Ley de Reforma Agraria y el Desarrollo Rural Integral.....	167
6.2. UROCAL y el Grupo Pucará .....	179
6.3. UROCAL y el Desarrollo Rural Integral (DRI).....	184
6.3.1. Modernización del mundo rural después de las reformas agrarias.....	184
6.3.2. UROCAL y las primeras experiencias crediticias, 1974.....	190
6.3.3. UROCAL y el Fondo de Desarrollo Rural Marginal (FODERUMA), 1978 .....	195
6.4. Un primer proyecto de producción y comercialización: la secadora de cacao .....	206
6.5. Diversidad campesina .....	209
<b>CAPÍTULO 7: Crisis en la UROCAL, 1980-1990: políticas neoliberales y territorios deprimidos .....</b>	213
7.1. Ecuador en la década de 1980: el ajuste estructural .....	213
7.2. La crisis del cacao y el paro cacaotero: UROCAL, 1981 .....	220
7.3. Las inundaciones del invierno de 1982-83: UROCAL ante el desastre natural .....	226
7.3.1. Programa artesanal y de abastecimiento .....	230
7.3.2. Programa de vivienda .....	233
7.4. Programa CEMAS (Centros para el Mejoramiento de la Alimentación y la Salud) .....	235
7.4.1. Consideraciones generales.....	235
7.4.2. Puesta en marcha del programa CEMAS: abril-agosto de 1983 .....	239
7.5. De campesinos a mineros: la actividad extractiva en la zona de la UROCAL .....	247
7.6. La UROCAL y el gobierno de ‘concertación’ de Rodrigo Borja, 1988-1992 .....	250
7.7. 1980, ¿Una década perdida?.....	262

<b>CAPÍTULO 8: Proceso de reconversión y consolidación de la UROCAL: cultivo y comercialización agroecológica, 1992-2010</b> .....	269
<b>8.1.</b> Ecuador: entre el neoliberalismo y el nacionalismo correista .....	273
<b>8.2.</b> El nuevo sector rural: límites y potencialidades para los pequeños productores de la UROCAL .....	278
<b>8.3.</b> Programas implementados por la UROCAL entre 1995 y 2010 .....	284
<b>8.4.</b> Estudio de casos de asociaciones de base de la UROCAL .....	291
<b>8.4.1.</b> El caso de la asociación de base Asociación de Productores Nuevo Mundo, (Las Palmas, Balao, Guayas) .....	293
<b>8.4.2.</b> El caso de la Asociación de base La Florida, (Cantón Balao, Guayas) .....	298
<b>8.4.3.</b> Iniciativas de micro empresa en la UROCAL: el caso de la Asociación de base Nueva Esperanza (Naranjal, Guayas): mujeres productoras de yogurt .....	303
<b>8.5.</b> UROCAL: proyección política y social .....	309
<b>8.5.1.</b> UROCAL y el Fondo de Desarrollo Infantil (FODI): educación y participación comunitaria .....	317
<b>8.6.</b> UROCAL y la Asociación de Pequeños Productores Bananeros de El Guabo: los pequeños agricultores mercantiles frente a los agroindustriales .....	322
CONCLUSIONES .....	331
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES .....	345
APÉNDICE FOTOGRÁFICO .....	389
ANEXOS .....	401

## PRÓLOGO

El estudio realizado por Germán Carrillo sobre una de las organizaciones más importantes del campesinado de la costa ecuatoriana tiene de entrada la virtud de llenar uno de los vacíos sobre el conocimiento de la realidad agraria del Ecuador. En efecto, existe una abundante y hasta casi saturada literatura sobre el campesinado de la sierra que obedece sin duda a la visibilidad del problema indígena pero en cambio, no existen muchos estudios sobre el campesinado ubicado tanto en la costa como en la amazonía ecuatoriana. De allí que hay que agradecer a Germán por este magnífico estudio de una de las zonas más ricas de la costa desde el punto de vista agropecuario y que suscita una serie de preguntas, hipótesis e interrogantes que seguramente serán abordadas por las futuras generaciones de investigadores.

Antes que hacer una apología de esta investigación, que desde luego el autor se la tiene muy bien merecida, trataré de abrir la discusión sobre algunos temas relevantes que merecen reflexión, pensando ante todo en la necesidad de sacar enseñanzas para la investigación agraria en Ecuador.

En primer lugar quiero destacar el «enfoque histórico» que subyace en este trabajo, lo que permite contextualizar los límites de las políticas públicas que desde el auge bananero de los años 50 han demostrado que estaban más interesadas en responder a las demandas del mercado mundial que a las reales necesidades de los cambiantes actores sociales rurales, en especial el campesinado pobre y el proletariado rural.

La investigación se concentra en un territorio bastante extenso que comprende al menos tres provincias: una de la sierra (Azúy), y dos de la costa (El Oro y Guayas). Lo interesante es que el autor realiza un profundo análisis del proceso de «construcción social» de este territorio en base al estudio de caso de la Colonia Agrícola Shumiral desde los años 50. En un período que abarca medio siglo, el autor nos muestra el surgimiento y consolidación de la UROCAL en el contexto del auge cooperativista post reforma agraria y que la lleva a constituirse en una de las principales organizaciones sociales del campesinado costeño, los desafíos a los que se enfrenta en los gobiernos de turno, hasta llegar al momento presente en donde se abre un período de esperanzas y frustraciones.

En este territorio se constata un cambio de actores tanto de aquellos que ocupan una posición dominante como de los dominados. Las plantaciones de banano de la United Fruit van a dar paso posteriormente al

surgimiento de empresarios criollos que seguirán la huella concentradora de la tierra de la multinacional más grande del banano en la década del 50. Por otro lado, los asalariados rurales se convertirán en campesinos gracias al acceso a la tierra, pero actualmente corren el riesgo de retornar a ser asalariados en un proceso de oscilación estructural de su posición dentro del campo social.

Estos cambios estructurales que se generan en el territorio no se dan únicamente por la dinámica del mercado mundial como aparentemente podría deducirse. El mercado modula el territorio, pero existen actores sociales que también impulsan estrategias que de hecho como en el caso analizado han sido exitosas. En realidad, se trata de un territorio mucho más complejo, con la presencia de agriculturas familiares consolidadas, campesinos pobres, asalariados rurales y por supuesto empresarios bananeros también diferenciados. ¿Qué factores han incidido en la conformación de este mosaico social en torno a la agricultura?

Uno de los elementos explicativos de la dinámica social que se desplegó en esta zona es el activo papel de la Iglesia Católica a través de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) y el activismo social de un sacerdote de origen cuencano mentalizador de la ONG CECCA. Seguramente se puede colegir que se trataba de la vertiente de la Teología de la Liberación y su compromiso con los pobres en una sui generis reedición ecuatoriana de lo que algunos autores llaman «la afinidad negativa» respecto a los efectos devastadores del capitalismo y que viene a ser la contraparte de la «afinidad electiva» del calvinismo respecto al capitalismo<sup>1</sup>.

No hay duda de que este soporte exterior se convirtió poco a poco en un pilar interno de la UROCAL y que puede considerarse como un proceso exitoso de «inducción externa» en el desarrollo local. La Iglesia católica, las ONG, las financieras europeas que apoyaron a CECCA y a la UROCAL, tuvieron en este caso un rol positivo frente al vacío del estado, especialmente en los años de los gobiernos de orientación neoliberal.

El surgimiento y consolidación de la organización campesina UROCAL es otro de los puntos fuertes de este trabajo. Se trata en este caso de una organización que tiene la virtud de estar vinculada con sus bases y que busca responder a sus demandas aunque esto signifique por momentos alejarse progresivamente de sus postulados originales. La pregunta de fondo es ¿qué mismo es la UROCAL? ¿Es una cooperativa

---

<sup>1</sup> Michael Löwy (2013), *La cage d'acier, Max Weber et le marxisme wébérién*, Editions Stock, París.

de producción, una ONG, una OSG? Tengo la impresión de que su rol se ha ido modificando en el tiempo debido a dos factores centrales: la lógica del mercado que proviene en este caso desde fuera y la alta heterogeneidad social de sus asociados. Actualmente esta organización hace tremendos esfuerzos por responder a las nuevas condiciones del mercado internacional bajo la vertiente del comercio justo, a las políticas públicas productivistas del Estado y a las demandas nada homogéneas de sus asociados.

Si bien el comercio justo aparece como una alternativa para los productores familiares, se trata finalmente de un proceso de producción orientado al mercado mundial y depende de los vaivenes de la economía de los países desarrollados. Los productores están sujetos finalmente a lo que podría denominarse como «un encadenamiento soft» en un nicho productivo que actualmente empieza también a ser disputado por las multinacionales. Por otro lado, el diseño de las políticas públicas a excepción de la experiencia del DRI-FODERUMA en la zona, no se ha caracterizado por tener como eje central a la agricultura familiar. Actualmente se plantea como eje de las políticas públicas los «negocios inclusivos» que en realidad no es más que una modalidad de «agricultura por contrato» a la cual debe sumarse la agricultura familiar para entrar en una lógica productivista incluyendo a los cultivos orgánicos. Si a esto sumamos la presencia de agricultores familiares diferenciados, el panorama organizativo se complica pues ya no responde a una visión estrictamente campesina, pero tampoco a una de corte empresarial a la cual parece empujarle las actuales condiciones externas (mercado) y las internas (política pública).

Lo menos que puede decirse es que el territorio analizado se ha complejizado enormemente tanto desde el punto de vista productivo como desde el social y cultural. El capital económico sigue concentrándose en las grandes explotaciones que como sucede en la Cuenca del Guayas amenazan la estabilidad de la agricultura familiar. Si continúa esta tendencia y si no hay políticas públicas favorables las tendencias de desestructuración campesina empezarán, si no han empezado ya, a florecer también en esta zona.

Las reflexiones finales del autor sobre el futuro de la UROCAL muestran dos facetas interesantes. Por un lado las limitaciones de la agricultura familiar concentrada en la producción de «comodities» para el mercado mundial. Como lo he mencionado, el «nicho de producción orgánica» no se encuentra protegido y el mercado capitalista por donde circula finalmente responderá bajo la lógica implacable de los costos de producción.

Por otro, la agricultura familiar para conservar su importancia en el territorio debe necesariamente incorporar valor agregado a su producción mercantil (banano y cacao). Esta estrategia de «diversificación productiva», al parecer todavía no es la predominante en la organización, que además necesita mirar más hacia adentro, es decir al mercado interno que hacia afuera.

Para los lectores interesados en la suerte de la agricultura familiar en países en proceso de transformación, este trabajo es lectura obligatoria. Se puede mirar el proceso de poblamiento de territorios fértiles, la historia y la lucha de estas familias campesinas provenientes de la serranía, su protagonismo en la construcción del territorio, su actual compromiso con una agricultura alternativa y sus temores frente al futuro. Hay nubarrones en el horizonte pero disponen hasta ahora de una organización que todavía puede responder al desafío del productivismo y del «crecimiento por el crecimiento», planteamiento que merece ser criticado desde la práctica de los productores para elaborar una respuesta creativa frente al discurso equívoco que viene desde el Estado, acompañado de ruidos lingüísticos (como el buen vivir o Sumak kawsay) que disfrazan o disimulan las verdaderas intenciones de quienes pregonan las virtudes del mercado capitalista.

Luciano Martínez Valle  
FLACSO - Ecuador.

## LÍNEAS PRELIMINARES

El 25 de febrero de 2014 se reunían en París, los «Ministros de Agricultura o de Desarrollo Rural» junto a representantes de la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, con el fin de proclamar el citado año como «Año Internacional de la Agricultura Familiar». Del encuentro político y de la decisión institucional adoptada, así como de los términos empleados en la declaración formal, se evidenciaban varios aspectos con los que desearía abrir este trabajo. Primeramente, la propia denominación ministerial a la vez de Agricultura o de Desarrollo Rural, establece un juego lingüístico que no debería pasar desapercibido: la cuestión agraria (incluyendo en este campo a la reforma agraria) desterrada, al menos, desde hace tres decenios por el Desarrollo Rural y toda un plétora de circunlocuciones anunciaban a todas luces las transformaciones aceleradas y radicales que se habían originado durante la ‘revolución verde’<sup>2</sup>, pero que tendrían su máximo apogeo a partir de los años ochenta, cuando el campesinado firmó, de forma voluntaria o coadyuvada, forzada o irremisible, su acta de defunción. Sin duda, una de las transformaciones más significativas y radicales de mediados del siglo XX fue la «muerte del campesinado». Este punto disruptivo nos lleva a plantear una segunda cuestión: ¿a qué agricultura familiar se refiere la declaración citada? Una aguda respuesta la ofrecería Samir Amin a través de un interrogante: ¿Es posible imaginar y debatir extensamente alternativas al modelo de desarrollo de la economía de mercado, y particularmente alternativas en las que siga existiendo la agricultura campesina en el futuro visible del siglo XXI? Las fuerzas motrices de la modernización tecnológica han expulsado, históricamente, grandes masas de trabajadores agrícolas. A su vez, durante el siglo XIX y parte del XX, la expansión de las fábricas y después de los cinturones industriales, fueron absorbiendo a los desempleados del campo. Pero ésta sería la dinámica de los países centrales, no la del resto del mundo. Latinoamérica, y particularmente, la región andina, no experimentaron ese grado de desarrollo industrial necesario para absorber al campesinado que, continuamente, emigraba desde las zonas rurales a las periferias urbanas en plena expan-

---

<sup>2</sup> El término ‘revolución verde’ surgió de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), como parte de un discurso pronunciado en 1968, por su director que en aquel entonces era William S. Gaud. Éste presentaba, en su discurso, un balance de los éxitos obtenidos por la Agencia para el Desarrollo tras quince años de asistencia en Pakistán, India, Turquía y Filipinas. Gaud oponía el concepto de ‘revolución verde’ a la ‘revolución roja’ soviética, o la ‘blanca’ del Sha de Irán.

sión a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Justo cuando el mundo rural se transformaba de forma acelerada bajo diferentes modalidades de reformas agrarias. Sin duda, el rumbo que la historia tomaba tras la segunda guerra mundial, sentaría las bases de una ulterior transformación sin precedentes. Latinoamérica, con una larga tradición agrícola, comenzaba a pergeñar un horizonte tan incierto como transformado.

Ciertamente los cambios suelen estar situados en estratos más profundos, complejos y temporales. Desde mediados del siglo XIX las oligarquías criollas, surgidas de la Independencia de las repúblicas latinoamericanas, abundaron en el proceso concentrador de la tierra, iniciado en época colonial. Haciendas, plantaciones y latifundios como formas de concentración del poder y de explotación agropecuaria, se expandían desde las zonas montañosas de la Cordillera Andina a las tropicales y fueron acaparando los territorios y a sus pobladores. Las demandas de los mercados internacionales a finales del siglo XIX entrañarían el principio de una división internacional de la producción agraria; las tierras llamadas 'baldías' serían colonizadas y monocultivadas con cacao, banana, café, caña de azúcar... A fines del ochocientos los caminos de hierro abiertos por el ferrocarril y las entradas portuarias transformaron buena parte de los territorios de las repúblicas latinoamericanas.

Con este trabajo se pretende enriquecer el debate sobre las trayectorias históricas del campesinado en Ecuador; sobre los procesos políticos, económicos, culturales y sociales que reordenaron el escenario rural del país andino desde la segunda mitad del siglo XX hasta el primer decenio del presente siglo. Un análisis que metodológicamente y de forma irremisible ha tomado un rumbo transdisciplinar, con el fin de aproximar debidamente al lector al mundo agrario y por extensión al escenario rural del campesinado ecuatoriano; el investigador debe por fuerza sumergirse en las disciplinas que desde la economía hasta la agronomía, la historiografía, la sociología o la antropología, muestran un complejo mosaico difícilmente comprensible sin esta transgresión metodológica. Ahora bien, esto anterior no debe ser interpretado como una moda académica o una omisión de las herramientas que le son propias al oficio de historiador. El autor de este trabajo, ha intentado reconstruir una visión global de la historia agraria reciente de Ecuador, integrando, en la medida de lo posible, como apuntaba Josep Fontana, todas las dimensiones del hombre, «desde su alimentación hasta sus sueños» (Fontana, 1992: 123). No de otra forma se podría entender una historia del campesinado que no sólo lucha por la tierra, sino también se debate con el mercado, al tiempo que experimenta con nuevas variedades de cultivos más productivas pero en

casos menos sostenibles con el medio natural, sometido siempre al mutable orden climático.

En la primera parte de este libro, en su primer capítulo, se presenta una panorámica general del mundo rural latinoamericano, atisbando problemas y vicisitudes; una multitud de nexos existentes entre el espacio rural y las rutilantes y expansivas ciudades, entre las economías domésticas y el orden transnacional, entre el pasado y el presente. Tras esta vista se da obertura a un segundo título entregado a una exposición crítica de las ideologías y teorías que de una u otra manera han cristalizado el mundo rural contemporáneo del subcontinente, y cuyas expresiones en el mundo agrario quedarían materializadas en las haciendas y plantaciones, como universos donde las fuerzas productivas emanaban del colectivo de trabajadores campesinos e indígenas sometidos, de forma coercitiva física y simbólica, a los gamonales o señores de las haciendas serranas, y a los plantadores de la región de la costa; aspectos éstos desarrollados en un tercer capítulo. Se inicia así, en un cuarto episodio que cierra una primera parte, la discusión sobre las reformas agrarias expandidas a partir de la segunda mitad del siglo pasado y cuya expresión más patente fue precisamente el punto final a los sistemas anacrónicos que se habían tejido en las haciendas y plantaciones.

Esta primera parte plantea un escenario histórico complejo para los pequeños productores rurales explorados en un segundo bloque del trabajo; donde se analizan las trayectorias históricas de un colectivo campesino asentado a mediados del siglo XX en las fértiles tierras de colonización de la costa austral de Ecuador, entre las provincias de Guayas, Azuay (en su franja costanera) y El Oro.

Este campesinado deslizado de la Cordillera Andina o migrante de la región de la costa, conformará colonias y poblados inducidos por la demanda de mano de obra en las plantaciones de la fruta tropical. Así en el capítulo quinto, centramos nuestro análisis en los inicios de una de estas colonias, a partir de la expansión del cultivo de banano en la franja costeña bajo la administración del presidente Galo Plaza, que propiciará el citado cultivo de la fruta amarilla, con el consiguiente asentamiento de fruterías, como la United Fruit Company; momento temprano y seminal en la organización campesina que dará lugar a una cooperativa de segundo grado denominada 'Unión Regional de Organizaciones Campesinas del Litoral' (UROCAL). Cooperativa que, con timidez pero con persistencia, se irá consolidando tras las reformas agrarias de 1964 y sobre todo de 1973. Cooperativa que además, estuvo acompañada en su desarrollo por diversos colectivos voluntaristas de distinta procedencia

e intereses pero que, de una u otra manera, coadyuvaron al desarrollo de estas pequeñas economías agrícolas, tal como se expondrá en el capítulo sexto. En el umbral de la década de los ochenta, cuando el sector rural, progresivamente, vaya alumbrando un nuevo horizonte delimitado por la economía mundial, se iba a poner en serio riesgo la propia existencia de la citada cooperativa UROCAL; sin embargo, como se expondrá ampliamente en el séptimo episodio, una mirada sesgada desde el plano internacional no será suficiente para aprehender la compleja situación de estos pequeños productores que se verían asediados por el quehacer de las políticas domésticas y a la vez por las indomables fuerzas climáticas protagonizadas por el fenómeno de El Niño que durante el crudo invierno de 1982-83 provocaría la casi desaparición de la Cooperativa.

En el capítulo octavo que cierra esta segunda parte, se expone cómo surgiendo de aquel periodo crítico, los pequeños productores mancomunados irán tejiendo redes conectivas con diversas instituciones tales como el denominado ‘comercio justo’, a la vez que readecuaban sus fincas a cultivos orgánicos de banano y cacao cuyos desemboques llegarían a los mercados nacionales, regionales e incluso internacionales; en este último caso adquiere especial relevancia el mercado alemán, donde acabará buena parte de la fruta libre de insumos sintéticos y cultivada de forma sostenible. Pero este nuevo escenario, en principio propiciado para los pequeños productores, se vería con demasiada frecuencia ensombrecido por los grandes patrimonios de la fruta tropical.

Recapitulando, en las conclusiones finales se pone el acento en el proyecto de vida de estas comunidades de productores rurales, que efectivamente como se subraya en la ‘Declaración de los Ministros de Agricultura o de Desarrollo Rural’ ya citada, tal vez «representan el 40 por ciento de la población activa a nivel mundial»; una población rural tan diversa como compleja: agricultores enriquecidos y campesinos sin tierra, obstinados productores y desencantados trabajadores agrícolas...; y es que, el ‘Año Internacional de la Agricultura Familiar’ y sobre todo las instituciones internacionales que lo promueven, deberán considerar los activos naturales, la tierra y el agua, en la misma medida que estiman los factores organizativos y de capacitación, de insumos e infraestructuras elementales, porque ante la mencionada diversidad del mundo rural, ¿qué si no puede esperar un avezado campesino sin tierra ni recursos cuya trayectoria de vida ha estado ligada al suelo?

Cuando Theodor Schultz (1956 ;1961) apuntaló con firmeza la fuerza desbordante que la educación, la salud y la implementación de nuevas tecnologías, inducen en el rendimiento agrícola, consideró estos aspec-

tos decisivos pero que desagregados de los activos naturales dejan al agricultor en un campo con arados pero sin tierra. Y por lo mismo, conviene subrayar otra parte del debate tan importante como el resto, y es precisamente el papel desempeñado, en buena medida, por los pequeños agricultores como salvaguardas de la producción sostenible y la seguridad alimentaria. Esa deformada hibridación que contempla el desarrollo como el hecho sustantivo del crecimiento económico (y a la inversa), provoca un drama efectivo sobre las economías de pequeños productores en permanente tensión en una economía mundial que a la vez que les propicia conductos comerciales para sus cosechas, les restringe muchos y decisivos proyectos de vida.

No podría haber llevado a cabo este trabajo sin las aportaciones de mis colegas a ambos lados del Atlántico; contribuciones de tantos investigadores e investigadoras, en buena medida consultados y citados a lo largo de este libro (y cuyos aportes tal vez me he aventurado a sintetizar de forma demasiado audaz sin haberlos tratado con suficiente detenimiento), conforman un mosaico interdisciplinar para comprender el complejo mundo rural aquí investigado. Quiero agradecer a mis compañeros del departamento de Sociología de la Universidad de Murcia donde enseñé a un nutrido número de estudiantes tan ávidos de conocimiento como el que suscribe estas líneas. Tampoco puedo olvidar a Hernán Rodas, Betsy Salazar, José Sánchez Parga, Luciano Martínez Valle, Joaquín Vásquez, David Romero..., a los agricultores y técnicos agrarios, especialistas en el complicado mundo rural, hombres y mujeres, campesinos y campesinas, que me acompañaron durante el proceso de desarrollo de este trabajo y que contribuyeron con sus saberes a enriquecer el resultado final del mismo.

Deudor igualmente de mis colegas del departamento de Historia moderna, contemporánea y de América de la nombrada Universidad, donde cultivé mi vocación para comprender y transmitir el pasado, y culminé mis estudios doctorales bajo la tutela de Encarna Nicolás y Lucía Provenio, a quienes reconozco sus valiosas aportaciones, con un recuerdo muy especial a la memoria del profesor Juan Andreo, que supo despertar en mí, y en todas las personas que le conocieron, la pasión por el conocimiento del pasado y del presente del mundo latinoamericano. Mención aparte a mis colegas Isabel Marín Gómez, Lola Frutos Balibrea, Juan Carlos Solano Lucas, Carmen M. Cerdá Mondéjar, Justo Cuño Bonito y Carmen Sánchez Trigueros por su desinteresada atención, sus correcciones y recomendaciones que sin duda mejoraron el manuscrito final. Y por supuesto a mi familia, que siempre confió en las fuerzas intelectuales

de la Historia como motor del cambio; de un cambio donde las condiciones de vida de los cultivadores del campo latinoamericano sean justas y reconocidas y no simplemente como modelos de desarrollo obsoletos del pasado, sino como vías que quedaron obstruidas y que bien pueden y deben ser consideradas como alternativas a modelos que, en buena medida, han mostrado su incapacidad para generar riqueza y bienestar a una población cada vez más numerosa y consciente de las condiciones políticas que rigen el mundo del presente.

## ABREVIATURAS

ACDI	Cooperación Internacional para el Desarrollo Agrícola
AEBE	Asociación de Exportadores de Banano del Ecuador
APPBG	Asociación de Pequeños Productores Bananeros El Guabo
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BM	Banco Mundial
CAAP	Centro Andino de Acción Popular
CECCA	Centro de Educación y Capacitación del Campesino del Azuay
CEDOC	Central Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas
CEMAS	Centros para el Mejoramiento de la Alimentación y la Salud
CEP	Comité Ecuménico de Proyectos
CEPRID	Centro de Estudios Políticos para las Relaciones Internacionales y el Desarrollo
CESA	Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas
CONACNIE	Consejo Nacional de Coordinación de Nacionalidades Indígenas
CONAIE	Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador
DRI	Desarrollo Rural Integral
DTR	Desarrollo Rural Territorial
ENAC	Empresa Nacional de Almacenamiento y Comercialización
ENPROVIT	Empresa Nacional de Productos Vitales
FAO	Food and Agriculture Organization
FENOC	Federación Campesina Latinoamericana
FEPP	Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio

FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FMI	Fondo Monetario Internacional
FENACOPARR	Federación Nacional de Cooperativas Arroceras
FODERUMA	Fondo de Desarrollo Rural Marginal
IERAC	Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización
IICA	Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura
ILDIS	Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales
ISI	Industrialización por Sustitución de Importaciones
MAG	Ministerio de Agricultura y Ganadería
MAPAG	Ministerio de Agricultura, Ganadería, Acuicultura y Pesca
MCCH	Maquita Cushunchic Comercializando Como Hermanos
OMC	Organización Mundial del Comercio
ONG	Organización No Gubernamental
OSG	Organización de Segundo Grado
PNUMA	Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente
PPM	Pan Para el Mundo
PREDII	Plan Regional de Desarrollo Integral Integrado
PRODEL	Programa de Desarrollo Económico Local
PRODEPINE	Proyecto de Desarrollo de los Pueblos Indígenas y Negros
PRONERI	Programa Nacional de Negocios Rurales Inclusivos
RIMISP	Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural
SIAGRO	Sistema de Indicadores del Sector Agropecuario de Ecuador
SIPAE	Sistema de Investigación sobre la Problemática Agraria en el Ecuador



## PRIMERA PARTE

### METAMORFOSIS DEL MUNDO RURAL

Cada vez más, me parece que tenemos menos capacidad de nombrarnos, estamos dependiendo de referentes que vinieron de fuera y no realmente de lo que necesitamos. Vamos perdiendo capacidad para relatar lo nuestro, no tenemos palabras para nombrar lo propio, seguimos sin conocer nuestro propio Ser. Necesitamos apropiarnos con pasión de lo que hacemos, producir conocimientos propios... según la estadística del Banco Mundial algunas economías ya deberían haber muerto y obstinadamente siguen sobreviviendo con alegría y esperanza; con una cotidianidad que es permanente crisis, que es permanente inseguridad pero que ahí está. Queremos coger el desarrollo de nuestra constitución: el Buen Vivir. Vas viendo el paradigma que se basa desde abajo... ¿cómo romper el paradigma de la gente unida al mercado?

Testimonio de Hernán Rodas (Paute, Azuay 2010)

# CAPÍTULO 1

## La transformación del mundo rural

### 1.1. Conexiones y problemas

#### I

La Independencia de las colonias latinoamericanas no tuvo una correlación temporal necesaria para readecuar un nuevo orden político; el caudillismo espontáneo y la formación de élites blanco mestizas que vivían a la europea en un contexto expansivo y aperturista de los países del mundo moderno a mediados del siglo XIX, fueron socavando las estructuras socioeconómicas y concretando redes de dependencia fuertes. El fin del tributo indígena, celebrado por liberales y conservadores, supuso entonces una reordenación de las tierras que pasaban directamente a ser enajenadas por el Estado y por los hacendados<sup>3</sup>.

Hacia 1870, las tierras de América Latina cobraban un valor capital ante la fuerte demanda de los mercados internacionales. Se fueron definiendo áreas geográficas determinadas por su potencial productivo. Argentina y Uruguay se especializaron en la ganadería y en cultivos cerealicolas; Brasil, Colombia, Ecuador, América Central y el Caribe producían y exportaban fruta tropical; México, Perú, Chile y Bolivia llevaron a cabo una importante actividad minera. La dependencia económica y política generada en este momento conllevaría una pesada carga históri-

---

<sup>3</sup> Desde época colonial las poblaciones indígenas fueron sometidas a través de diversas formas de servidumbre. Sin embargo, la resistencia por parte de las comunidades fue permanente. En rigor, desde el siglo XVI se produjeron sublevaciones y rebeliones indígenas y campesinas. Una lucha constante por la defensa de sus derechos de propiedad consuetudinarios sobre la tierra y el agua, sobre sus universos culturales y religiosos, formas de intercambio y reciprocidad. Pero, inevitablemente las sociedades indígenas se fueron transformando y desarticulando, y de una u otra manera, se articularon al sistema económico productivo occidental. Progresivamente, el campesinado, veía restringidas sus condiciones de vida, toda una diversidad de intercambios y producción agrícola, viéndose forzado «a participar compelidamente en los mercados monetarios, en los trabajos forzados en las minas y sementeras de los hacendados, o a emigrar a las ciudades, donde se transformaron en el lumpen colonial, encerrados en sus barrios, cercados y parroquias de indios, malviviendo en pésimas condiciones de servilismo y exclusión» Véase Marchena, (2006: 25-26).

ca para las repúblicas latinoamericanas. Sin embargo, la modernización tendría sus tiempos y modelos concretos. En la región andina<sup>4</sup>, donde había mayor concentración de población indígena, se establecieron relaciones de servilismo conocidas como *huasipunaje*. El patrón, cacique o gamonal, el ‘señor de la hacienda’, se erigía en propietario de las tierras y de las comunidades; relaciones definidas por un servilismo paternalista y unas condiciones de vida para el campesinado claramente degradantes y desiguales. Las relaciones de complementariedad y reciprocidad indígenas, aprovechando los nichos o pisos ecológicos (Murra, 1975), fueron disueltas y subsumidas al trabajo obligado en la hacienda. En las regiones tropicales de la costa, la abundancia de tierra y la escasez de población, además de la cercanía a la red del comercio internacional, fueron concretando relaciones sociales de producción combinando diversas modalidades arrendatarias, donde el salario estuvo presente en las transacciones desde época temprana.

En Ecuador, en torno a la explotación de cacao centrada en la ciudad de Guayaquil desde donde se exportaba la fruta (hacia 1870 salían del puerto de esta ciudad 12.000 toneladas de cacao), se constituyó una élite burguesa formada por unas treinta familias criollas que controlaban la mayor parte de las explotaciones. La crisis de la producción cacaotera, hacia 1922, provocada por la enfermedad conocida como ‘escoba de la

---

<sup>4</sup> En principio se puede interpretar por ‘área cultural andina’ un producto-concepto totalizador de las etnografías norteamericanas de los años cuarenta consistentes en la creación de ‘comunidades imaginadas’, tomando el término de Benedict Anderson, a partir de la definición artificial y forzada de complejos culturales y cosmovisiones propias y determinantes de los territorios que transcurren en la cordillera de los Andes. Esta conceptualización fue evolucionando hacia nuevos presupuestos donde *lo andino* pasaba a ser considerado como una especie de ‘racionalidad’ socio cultural propia y diferenciada de las sociedades industrializadas de las postrimerías del siglo pasado. De esta forma, penetra entre los estudios etnohistóricos el concepto o categoría de ‘etnicidad’, donde prevalece una compleja variedad de culturas y territorios en constante mutación. Estos presupuestos relativizan macrosistemas culturales totalizadores, como también dan mayor sentido a una historia social menos culturalista-funcionalista y más coherente con el resto de dimensiones explicativas de las sociedades andinas. Como ha señalado Segundo Moreno, «Andinoamérica es una macro-área geográfica ocupada por innumerables y diferentes pueblos que se sucedieron a lo largo de milenios»; cuya relación ha sido dialéctica con el medio natural «integrados a la costa marítima con la cordillera y el bosque tropical, lo que configura una racionalidad económica integracionista de corte transversal al eje geográfico de la cordillera de los Andes y una común tradición histórica». Véase Moreno Yáñez, Segundo E. (1994: 13).

bruja<sup>5</sup>, sumada a la práctica ausencia de insumos en las plantaciones y el carácter rentista de los propietarios y por tanto su escasa o nula inversión en las fincas, irían socavando las bases de la economía ecuatoriana basada en el monocultivo de esta fruta, que de hecho no se recuperaría hasta la expansión del cultivo de banano, iniciada a finales de la década de 1940.

Ya en 1934, bajo el primer mandato del populista José María Velasco Ibarra, la United Fruit Company, bajo la denominación de Compañía Bananera del Ecuador y Compañía Agrícola de Guayas, encontró en el Ecuador un enclave propicio para la plantación de banano. Con anterioridad, la actividad de la compañía norteamericana había sido preeminente en América Central donde practicaba la «agricultura de enclave». Un modelo de explotación agrario basado en la utilización intensiva de los suelos, en la mano de obra abundante y barata, y en la insuficiente o nula reinversión en los territorios donde se llevaba a cabo. Sin duda, la construcción de vías ferroviarias y caminos para sacar la fruta de las huertas hacia los puertos, conformaba la huella indeleble de aquel modelo de desarrollo, aunque, evidentemente, formaba parte de los intereses de la compañía crear una infraestructura elemental. En 1915 la exportación de banano representaba el 45 por ciento de los ingresos de la economía de Costa Rica<sup>6</sup>. La United Fruit, fundada por Minor Cooper Keith en

---

<sup>5</sup> Es un hongo parásito cuyo micelio, vivaz y persistente en las ramas y ramillas de las plantas afectadas por la enfermedad, provoca la excitación de sus yemas durmientes y, como consecuencia se forman ramas anormales que se ramifican intensamente. Las hojas de estos manojos o aglomeraciones de ramillas, llamadas 'escobas de bruja', tienen al principio un color verde claro que destaca del resto del follaje y más tarde amarillean, se oscurecen y se caen. Véase Cánovas Garre, P. A. *La encina y la tierra agrícola*, Murcia, 2004.

<sup>6</sup> Hay que subrayar que Costa Rica, a partir de la primera mitad del siglo XIX inició la expansión del cultivo de café por parte de pequeños productores; estos cafetaleros sentaron las bases de una prosperidad que iría unida a la consolidación, en palabras de Tulio Halperin, de una «democracia ejemplar» en Centroamérica, e incluso del hemisferio, señalará Liisa North. Ciertamente a mediados del siglo XIX la pequeña república centroamericana podía ufanarse de «tener más maestros que soldados». La expansión bananera también provocó un desequilibrio étnico al formar dos territorios excluyentes: el altiplano blanco frente a una costa aglutinada por población negra y mulata. Véase, Tulio Halperin (1998); North, L., et al. (2008). Estudios historiográficos recientes han constatado la influencia geopolítica norteamericana en la república costarricense: en 1948 se firmó un convenio entre el Instituto de Asuntos Interamericanos y el gobierno de Costa Rica, que cristalizó en el Servicio Técnico Internacional de Ciencias Agrícolas (STICA). Las actividades de esta institución se podían describir «como 'un combate contra la naturaleza',

1899, «transformó la vida política y económica» de los pequeños países centroamericanos. Las ‘repúblicas bananeras’ se habían convertido en auténticas suministradoras de los postres de los países desarrollados<sup>7</sup>.

Sin embargo, la crisis de las plantaciones en Centroamérica, causada por plagas en la fruta tropical, recurrencia de fenómenos climáticos adversos y la presión de los trabajadores de las plantaciones sindicalizados, motivó a la compañía bananera a prospectar nuevos territorios donde expandirse, descendiendo a las regiones de la costa del Pacífico.

Además, en los años de la segunda guerra mundial se hicieron patentes los intereses geopolíticos de Estados Unidos en Latinoamérica a través de su Departamento de Agricultura (United States Department of Agriculture, USDA). Así, la modernización agraria, especialmente en los países dependientes de productos tradicionales de exportación, estuvo en buena medida, condicionada por el desarrollo agronómico del vecino del norte. De hecho, la ‘revolución verde’, «ese conjunto de tecnologías transferidas de norte a sur» durante la segunda mitad del siglo pasado, fue planificada en el México postcardenista, cuando se desarrollaron los primeros experimentos con semillas híbridas, auspiciados por la Fundación Rockefeller<sup>8</sup>.

Precisamente en Ecuador, hacia 1939, se produjeron los primeros contactos con misiones de la USDA para la cooperación agrícola. Como se especificaba en un informe técnico de una de estas misiones: la región costeña, entre Machala y Naranjal, «estaría bien para el banano..., que

---

tomando en cuenta la lógica ‘exterminadora’ que subyacía al control químico de las plagas». De igual manera se procedió, como lo haría la United Fruit Company en Ecuador, como se expondrá en posteriores capítulos, al disciplinamiento del campesinado a través de acciones sociales que iban desde el entretenimiento a las mejoras en sus hogares. En este contexto, se percibía al campesino como un «ser huraño, apegado a viejas tradiciones que mira con desconfianza al egresado de la universidad que habrá de censurarlo y tratar de cambiar a la larga sus vicios de trabajo» En la década 60, especialmente a partir de la Alianza para el Progreso se fortalecieron las relaciones entre Costa Rica y Estados Unidos, sin embargo dicha alianza se materializaría en el aumento productivo agrícola, sin considerar debidamente los usos intensivos de los suelos y su deterioro subsiguiente. Véase, Picado Umaña, W. (2012: 107-134). Así, los estudios sociales debieran contemplar los impactos sobre la biodiversidad que tienen las acciones antrópicas, con el fin de valorar adecuadamente los procesos democráticos; al menos si se considera la democracia desde una visión humanista.

<sup>7</sup> Véase por ejemplo, Dabène, O. (2000: 21 y 24).

<sup>8</sup> Véase, Cuvi, N. (2009: 92); Picado, W. (2012: 107).

podría sembrar el gobierno o la United Fruit Company<sup>9</sup>». Y ciertamente, escasos años después, el gobierno presidido por Galo Plaza Lasso (1948-1952), descendiente de una genealogía político económica que guiaba el liberalismo en la región de la costa, contribuyó a afianzar acuerdos y relaciones con Estados Unidos, completando la transformación del paisaje litoraleño a partir de la producción de bananas. La Frutera desarrollaría cultivos de banano directamente en Guayas, aunque en general, y con el fin de eximirse de responsabilidades sociales y sobre todo de movilizaciones sindicales, como le sucedió en Centroamérica (los trabajadores de la bananera en Costa Rica sostuvieron en 1934 una huelga sin precedentes en la región), actuaría como comercializadora de la producción sostenida por finqueros propietarios o arrendatarios de medianas propiedades<sup>10</sup>.

De este modo, con el galoplacismo se consolidaba el modelo económico monoexportador de banano y el país entraba en una fase de integración plena en los mercados internacionales. El desarrollo de la economía bananera produjo, adicionalmente a la expansión de medianos productores, una emergencia de la clase media en los centros urbanos en crecimiento, en correlación con cinturones de marginalidad cada vez más patentes en las ciudades. Mediado el siglo XX la economía ecuatoriana era primaria, dependiente y escasamente diversificada, con una elevada población rural, un mercado interno reducido y altas tasas de concentración de tierras patrimonio de un reducido número de terratenientes, posicionados estratégicamente en las Cámaras de Agricultura, y detentores del poder político y económico.

A partir de 1965 se produjo el declive de la producción y exportación de la fruta amarilla en el país. La caída de los precios sumada a diversas enfermedades tropicales, como el ‘mal de Panamá’<sup>11</sup>, induciría la salida

---

<sup>9</sup> Véase al respecto el citado trabajo de Nicolás Cuvi (2009) sobre el desarrollo de diferentes misiones agrarias en Ecuador dirigidas por Estados Unidos de Norteamérica desde finales del siglo XIX. Concretamente, en 1890 la USDA mantenía una estación experimental en Ecuador con el fin de desarrollar diversas explotaciones de caucho y quina.

<sup>10</sup> Véase, Ibarra, H. ([1979], 2010), Larrea, C. (1989); Halperin Donghi, T. (1998); Striffler, S. (2000; 2002).

<sup>11</sup> Se llama mal de Panamá a la enfermedad producida por el hongo *Fusarium oxysporum f. sp. cubense*. Se trata de una de las amenazas, de extensión internacional, más graves de las bananeras. Este patógeno, que ataca las raíces e invade el sistema vascular de la planta, impide su normal alimentación y ocasiona una progresiva deshidratación, amarillamiento de la hoja, marchitando la planta y provocando su muerte.

de la United Fruit Company. Al menos diez años atrás, el campesinado de la costa, plenamente integrado en las relaciones salariales, había desarrollado una lucha sindical que cristalizó en diversas organizaciones, como fue el caso de la Federación de Trabajadores Agrícolas del Litoral en 1954<sup>12</sup>. Sin embargo, el gobierno militar de Castro Gijón (1963-1966) significó el fin de las organizaciones sindicales en las plantaciones bananeras (Ibarra, 2010: 148) y el inicio de las reformas agrarias: la Primera Ley de Reforma Agraria se sancionaba un 11 de julio de 1964.

Este contexto reformista y modernizador se encuadraba plenamente en el periodo de la guerra fría y la expansión del vecino del norte en Latinoamérica. La influencia de la revolución cubana de 1959 se iba extendiendo, progresivamente y con matices políticos por el subcontinente<sup>13</sup>. Si las reformas agrarias se presentaban como programas de modernización del sector rural<sup>14</sup>, podían percibirse, también, como una forma contrarrevolucionaria al comunismo que podría expandirse por la región a partir de la rebelde Cuba.

En cierto modo y de forma casi siempre inconclusa, el campesinado fue obteniendo tierras a partir de la acción colectiva y la consolidación de colonias y sindicatos, lo que a su vez, proporcionó un estrecho límite

---

<sup>12</sup> Los precedentes de las luchas campesinas en la costa del país andino han sido constantes. Ya desde 1922 Guayaquil era una ciudad «asolada por el hambre, la desocupación y los salarios estancados»; bajo este panorama el campesinado organizó una huelga general el 14 de noviembre de ese año. El gobierno de José Luis Tamayo (1920-1924) llevó a cabo una represión brutal contra estos manifestantes: «asesinaron a más de dos mil trabajadores y arrojaron cadáveres a las rías». Moreano, A. (1983: 163-165).

<sup>13</sup> Es cierto que el nacionalismo populista había asumido ya en su programa los objetivos, al menos en sus aspectos más visibles, del ideario marxista leninista que tendría en la revolución cubana su punto axial para América Latina. Por ello, se puede considerar que el populismo –que se ubica entre la década de 1930 hasta finales de los setenta (por ejemplo, José María Velasco Ibarra en Ecuador, mantuvo cinco mandatos con interregnos entre 1933 y 1975); como también Juan Domingo Perón, en Argentina (1943-1955 y 1973-1976) –, tuvo mayor preeminencia que el marxismo. En cualquier caso, la historia de la revolución, y de la izquierda en general, en la América Latina del siglo XX, tiene un antes y un después a partir del triunfo de la revolución cubana.

<sup>14</sup> Desde los trabajos seminales del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), cuyos estudios sobre las repúblicas latinoamericanas se publicaron durante la década de 1960: en Ecuador en 1965, el mismo año en Argentina y Guatemala y un año después aparecían los informes de Brasil, Colombia, Chile, y Perú, el acento se ponía especialmente en las reformas agrarias como vías no revolucionarias y de modernización de las poblaciones rurales y de los sectores agropecuarios particularmente.

de representatividad política y de desarrollo de estas economías campesinas precarias. Como se desarrollará en su momento, las reformas agrarias fueron incompletas, tímidas, e incluso en los casos en los que se llevó a cabo una reforma radical como en el México de Lázaro Cárdenas (1934-1940) con más de veinte millones de hectáreas distribuidas entre el campesinado, al acentuar la pequeña propiedad o minifundio, se produjo un efecto de ‘neolatifundismo’, concentrando la tierra en pocas manos y dejando a millones de campesinos sin tierra. Entre los objetivos de los gobiernos que sancionaban leyes de reforma agraria, se hallaban la incorporación plena del campesinado al mercado nacional, con el fin de incrementar el desarrollo industrial, elevando la producción y consumo interno y las tasas de exportación. Particularmente en Ecuador la reforma agraria impulsó el progreso de una agricultura industrial, antes que distribuir o fomentar la agricultura campesina. Sin embargo, también se activó el desarrollo de cooperativas con el fin de promover la producción a partir de «la acción crediticia y asistencia técnica del Estado<sup>15</sup>».

## II

Una nueva etapa económica en Ecuador se inició con la explotación petrolífera a partir de 1972 bajo la dictadura del general Guillermo Rodríguez Lara (1972-1976); el extractivismo llevó consigo un aumento de los ingresos públicos demarcando una mayor autonomía entre los grupos históricos de poder. Se iba consolidando así un desarrollismo en el país, que tuvo su manifestación más clara en el proceso de discusión de la Segunda Reforma Agraria de 1973. En dicha Ley se explicitaba que la productividad y no la redistribución de la tierra, era el punto sobresaliente y que además el Estado podría expropiar aquellas tierras que no fuesen eficientes; punto en el que convergían tanto los pequeños productores como los grandes patrimonios: todos ellos debían mantener fincas productivas. Aún así, a los hacendados se les concedió una cláusula que permitía un período de gracia para elevar su producción y evitar la expropiación de sus tierras (Pallarés Ayala, 1999: 163). A partir de 1979, con el gobierno de Jaime Roldós Aguilera principiaba un nuevo período histórico determinado por una crisis económica, política y social que cu-

---

<sup>15</sup> Véanse, Chonchol, J. (2003: 208 y 212); Jordán, F. (2003: 288).

briría en general las décadas ochenta y noventa en el país: se reiniciaba la democracia, pero ésta venía determinada por el progresivo desarrollo de políticas neoliberales en la región.

El crecimiento económico generado por la extracción de petróleo, sirvió como pantalla al exceso de gasto público y al endeudamiento del Estado; el aprovechamiento de la riqueza generada por el crudo, y las reformas institucionales para racionalizar la Administración pública, tal vez hubiesen sentado las bases para un desarrollo equilibrado. Sin embargo, el producto interior bruto decrecía de forma acelerada, de un 6,6 por ciento en 1978 a una tasa negativa cinco años más tarde. Los precios caían en toda la región, la inflación se elevaba y el desempleo crecía a un ritmo alarmante lo que derivó en la explosión de pobreza entre amplias capas de la población ecuatoriana. Pronto surgirían grandes grupos empresariales de la fruta tropical acumulando tierras y capital, lo que de una u otra manera, iría provocando la exclusión del campesinado con escasos fundos, la agregación asalariada en las modernas plantaciones, la migración masiva y un crecimiento de la pluriactividad en sector rural<sup>16</sup>.

En general, los años ochenta se definieron como la ‘década perdida’<sup>17</sup> para América Latina; la región no quedaba al margen de la nueva teología neoliberal. El fin de la era keynesiana y el derrumbe del denominado ‘socialismo real’ definían un nuevo escenario político y económico. En Latinoamérica se hacían patentes los problemas del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), aplicado desde los años treinta en la región, y entre 1965 y 1982 en Ecuador<sup>18</sup>. Los límites de

---

<sup>16</sup> A partir de 1980 el empleo no agrícola crecía a mayor ritmo que el agrícola en toda la región. Como han apuntado Luciano Martínez y Hubert De Grammont, la visión sesgada agronomista no visibilizaba la realidad de este momento en el campo, y desde luego la sociología era ‘dirigida’ por la agronomía. Martínez Valle, L.; Grammont, H. (Compiladores) (2009: 9-11).

<sup>17</sup> El término fue utilizado por vez primera por Enrique V. Iglesias: «los problemas derivados de la crisis de la deuda, nos llamaron a principios del decenio de 1980 a alertar desde la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) sobre la inminencia de una ‘década perdida’, la que de hecho y lamentablemente ocurrió y cuyos graves efectos adversos se proyectaron a los ámbitos económico y social de nuestros países». Iglesias, (2006: 10).

<sup>18</sup> La implementación de las políticas de desarrollo de Industrialización por Sustitución de Importaciones, surgieron del pensamiento del economista argentino Raúl Prebisch, especialmente a partir de su cargo como secretario ejecutivo de la citada CEPAL, creada por la resolución 106 (VI) del Consejo Económico y Social de la Organización de Naciones Unidas (ONU), del 25 de febrero de 1948. Sobre el papel de la CEPAL y su trayectoria histórica, véase, Halperin Donghi, T. (2008).

este modelo de desarrollo estuvieron fijados entre otros aspectos por la dependencia de importación de insumos, un empleo intensivo de capital y una industria oligopólica, cuyos efectos estuvieron signados por un escaso impacto en la generación de empleo; además se primó a los sectores urbanos, deprimiendo al campo y «generando un crecimiento desigual». La economía ecuatoriana se «reprimarizaba» a partir de 1982<sup>19</sup>. No obstante, en buena medida, las políticas públicas de sustitución de importaciones contribuyeron al surgimiento de un sector agroindustrial en torno a la palma aceitera y a la industria láctea (Chiriboga, 2009: 148).

A finales de la década de 1980, tanto en el viejo continente como en América Latina, la economía se transnacionalizaba y las políticas nacionales aceptaban, más o menos voluntariamente, el recetario ultraliberal cuyo plato más jugoso consistía en traspasar la propiedad pública a un puñado de propietarios, bajo consignas como la ‘eficacia’ y la ‘competitividad’, la ‘flexibilidad’ y un largo etcétera de circunlocuciones cuya finalidad, según el sociólogo Richard Sennett, no era otra que suavizar la nueva opresión del sistema sobre la ingente masa de asalariados (Sennett, 2000: 9-10 y 155). La empresa privada se erigía progresivamente, y sin demasiados obstáculos, en el centro de gravitación de las relaciones económicas; degradando las funciones estatales al mero papel correctivo para hacer cumplir las disposiciones de las instituciones internacionales tales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. Estos organismos constituidos tras la segunda guerra mundial estaban, como están, respaldados por los países capitalistas más importantes. A partir de 1989 fueron adquiriendo mayor poder en tanto en cuanto la crisis de la deuda externa de países en vías de desarrollo y el hundimiento del bloque soviético provocaron el aumento de países dependientes de la voluntad del mundo rico en la concesión de empréstitos. Resultaron ser instituciones eficaces, «por lo menos para imponer políticas de los países ricos a los pobres» (Hobsbawm, 1995: 430). De otro lado, se proclamaba el ‘fin de la historia’, tras la caída de los regímenes soviéticos, y se afirmaba que nadie podía «imaginar un mundo que sea esencialmente distinto del nuestro y al mismo tiempo mejor» (Carreras, 2000: 353)<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> Véanse, Ayala Mora, E. (2008: 114); Larrea, C. (2005: 68-74); Acosta, A. (2009: 42).

<sup>20</sup> Como ha expresado Fontana, la fama del delirio de Fukuyama se debió «ante todo a la orquestación que para su difusión organizó la John M. Olin Foundation, una institución norteamericana que invierte anualmente millones de dólares para favorecer un viraje a la derecha en la enseñanza de las ciencias sociales» Fontana (1992: 7). En otra posición, puede verse, Sanmartín, I. (1998, 35-49).

En este contexto las relaciones internacionales y de cooperación en el plano del desarrollo adquirieron un giro radical: «los donantes empezaron un proceso sistemático de crítica y descrédito a las posiciones de desarrollo contenidas en el modelo de industrialización, (...) al mismo tiempo y como contrapeso, propusieron el horizonte de un mundo interdependiente y de cooperación entre Estados ricos y pobres como única salida de los problemas nacionales». El ‘capital humano’, elaboración teórica de un futuro premio nobel de economía, Theodore Schultz<sup>21</sup>, así como el ‘desarrollo rural’, fueron las nuevas consignas esgrimidas por los países desarrollados para asistir al Tercer Mundo (Montúfar, 2000: 74). Las reformas estructurales iban progresivamente abandonando el escenario político internacional, en contrapartida se promovió una pléthora de programas de compensación social y económica que casi nunca llegaron a elevar fehacientemente los niveles de vida del campesinado.

Representativo de lo anterior fue el impulso de programas sectoriales en el campo ecuatoriano, como sería el caso del denominado Desarrollo Rural Integral (DRI), puesto en marcha a partir de 1977 y cuyo objetivo principal fue el incremento de la producción agropecuaria. En 1978 la tasa de exportación de cultivos tradicionales (banano, café y cacao) representaba en torno al 55 por ciento, sostenida por pequeños y medianos agricultores. Tal como indicaba un informe relativo a los programas DRI, las previsiones de crecimiento de demanda de productos alimentarios para 1985 se incrementarían considerablemente, hasta incluso duplicarse en el caso del trigo. Además, los cultivos de consumo interno se hallaban en los pisos serranos, y la producción en esta región del Ecuador estaba estancada. «En consecuencia, apuntaba un informe del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, el problema es agudo, tanto desde el punto de vista humano (marginalidad y pobreza), como desde el de la producción de alimentos esenciales para satisfacer una demanda creciente por parte de la población urbana<sup>22</sup>».

---

<sup>21</sup> Le sería concedido en 1979 junto a Arthur Lewis, particularmente por las investigaciones en el campo agrario.

<sup>22</sup> El Desarrollo Rural Integral se definía como «orientado a beneficiar a los grupos de población rural más rezagados que no han sido adecuadamente atendidos por los servicios del Estado: campesinos marginados, asalariados rurales, y pequeños productores, particularmente los que actualmente conforman cooperativas campesinas o sean susceptibles de integrarlas en el futuro». Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura IICA- Oficina Ecuador. Documento preparado para la Reunión Anual del Programa de Desarrollo Rural del IICA-Lima, febrero, 1983. Informe elaborado por Diego Londoño IICA (2.296).

Ante este panorama nacional, a partir de 1979, se promulgó la Ley de Fomento y Desarrollo Agropecuario en las postrimerías del gobierno militar de Alfredo Poveda Burbano, Guillermo Durán Arcentales y Luis Leoro Franco (1976-1979). Este marco legislativo privilegió a los propietarios de grandes y medianas propiedades; generando adicionalmente una «barrera ideológica, legal y política» (Zapatta, 2007: 55-64), que impedía a la gran masa de campesinos pobres el acceso a la tierra. Perjudicados también los pequeños propietarios, relativamente favorecidos durante la etapa reformista de las dos décadas anteriores; ahora se veían impelidos, en más ocasiones de las deseadas, a vender sus escasas propiedades a medianos y grandes propietarios, o bien a jornalear en las empresas agro-exportadoras.

Esta década se caracterizó por el «retiro progresivo de la intervención estatal en la estructura de tenencia de la tierra». Adicionalmente ingresaron las políticas macroeconómicas con sesgos claramente «anti-agrícolas», al menos si pensamos en los pequeños productores; generándose un desarrollo de la industria agraria vinculada al mercado exterior (Jordán, 2003: 299).

### III

A mediados de los años noventa se concluía el ‘corto siglo XX’ (Hobsbawm, 1995). Las evidencias del fin de la guerra fría y el inicio de un nuevo periodo histórico, se constataban en la vieja Europa como en el resto del mundo. A partir de la década noventa las innovaciones tecnológicas y el ‘capitalismo flexible’ definían un nuevo modelo de desarrollo. Al parecer la historia del capitalismo había llegado a un punto de resignificación de la clásica relación entre capital y trabajo. El cambio se había instalado social y culturalmente (Aróstegui, 2004). Las sociedades y sus vínculos con el pasado se diluían en el presente, las personas, como sujetos y colectividades perdían las seguridades del pasado y miraban al horizonte con miedo e inseguridad.

Era predecible que estos cambios globales influyeran y transformaran el mundo rural y particularmente la agricultura, no sólo en los países centrales, sino también en los periféricos. El campo francés, modelo de agricultura familiar en Europa, iniciaba un proceso de declive no tanto por el lado de la productividad (los insumos químicos y la tecnología agraria se encargaban de generar altas tasas de producción, incluso a base

de deteriorar profundamente las tierras del cultivo), sino por la pérdida de trabajadores agrícolas que buscaban aquí y allá ocupaciones subsidiarias al trabajo en el campo<sup>23</sup>.

Nuevos paradigmas y enfoques analíticos, desde diferentes disciplinas, surgían con el fin de entender o interpretar los procesos y cambios que se producían en el sector rural. Una «nueva ruralidad<sup>24</sup>» apprehendía el campo más allá de sus actividades agropecuarias y forestales, considerando el resto de actividades no agrícolas y, por supuesto, las dinámicas territoriales rurales y urbanas que con el crecimiento demográfico y las transformaciones productivas y de consumo, habían estrechado aún más el binomio campo-ciudad, en ocasiones demasiado separado, no tanto por la propia realidad como por sus estudiosos. En Ecuador el aumento demográfico, escasamente investigado<sup>25</sup>, podía leerse en las series censales desde mediados del siglo XX, cuando apenas la población del país sobrepasaba los 3 millones de habitantes, para superar los 9 millones de almas en 1990. Los efectos del crecimiento poblacional dejaban una huella indeleble en la estructura social, en las relaciones sociales de producción y en la relación entre las grandes regiones del país. Las migraciones de la sierra a la costa y entre ciudades emergentes fueron, como continúan siéndolo, una tónica en la historia reciente del Ecuador.

Sin duda, al interior de esa nueva ruralidad, la gran transformación iba a ser protagonizada por el fin de la agricultura tradicional, no sólo en Ecuador, sino en toda la región: un aspecto que se desprendía de los estudios rurales era que la agricultura familiar entraba en una crisis sin precedentes.

---

<sup>23</sup> Como sucede, además, en el resto de áreas rurales de la Europa actual, las cuales están experimentando distintas e importantes transformaciones de diverso signo que van desde el declive agrario y la despoblación en una zonas, al aumento de la presión urbanizadora y el deterioro medioambiental en otras. Véanse, por ejemplo, Arriba, R. (2011: 177-192); Garrabou (2010). En la Europa de 1995 habían censadas 7,37 millones de explotaciones agrícolas, en 2005 descendían a 5,84 millones; durante ese periodo, Alemania sufría un reflujo en sus explotaciones de un 9,7 por ciento. Los nuevos países integrantes de la Unión Europea, esto es, Bulgaria, Hungría, Polonia y Rumanía, sumaban el 53,1 por ciento de las explotaciones agrarias del viejo continente; por cierto, países con una larga tradición agrícola, colectivizada, estatal o cooperativa. Véase Cazzola (2010: 265-266).

<sup>24</sup> Véase al respecto, por ejemplo, De Grammont, H. C. et al. (2008); Giarracca, N. (comp.) (2001).

<sup>25</sup> El historiador ecuatoriano Jorge Núñez, en un análisis historiográfico, subrayaba una *historia demográfica* inexistente entre los estudiosos ecuatorianos y ecuatorianistas. Núñez, J. (2000: 27).

Las repúblicas latinoamericanas, con una larga tradición agropecuaria, llevaban las huellas de una crisis permanente desde hacía muchos años. Crisis de representación política y social de las masas de campesinos e indígenas que de hecho habían sostenido con su fuerza de trabajo los sistemas de hacienda y plantación desde el siglo XIX. Desde los años ochenta del pasado siglo, o tal vez antes, los grupos agroindustriales transformaron aceleradamente el tejido social de las economías campesinas. Los recientes agronegocios de cultivos no tradicionales para biocombustibles como la soya, el maíz o la palma ejercían, en gran medida, una presión dramática sobre los territorios y sus poblaciones, como sucedió, a finales del siglo XIX con la agricultura de enclave.

Un nuevo consenso agrícola mundial, como el que reordenó la ‘revolución verde’ a mediados del siglo XX entraba en escena. La agricultura modernizada, ya fuese por nuevos agricultores ricos o por transnacionales, había consensuado junto a organizaciones supranacionales como el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio o los intereses de las economías domésticas, bajo el contumaz crecimiento económico y la productividad, el «asalto a la agricultura campesina<sup>26</sup>». El índice de productividad de la agricultura capitalista modernizada frente a la tradicional era de 10 a 1 en 1940, a principios del siglo actual constituía una diferencia de 2.000 a 1. O dicho de otra manera, la agricultura campesina era desplazada radicalmente del mercado global (Samir Amin, 2003). Pero este desplazamiento no se debía a la constatación empírica de que la agricultura practicada en pequeñas fincas fuese menos sostenible o ineficiente. Recientes investigaciones presentan a las pequeñas explotaciones agrarias incluso más productivas que las grandes y tecnificadas plantaciones, si se considera la producción total en lugar del rendimiento a partir de un solo cultivo. Esto se debía a que las fincas con policultivos, la gran mayoría de las pequeñas propiedades, mermarían las pérdidas debido, entre otros aspectos, a los usos eficientes de los recursos hídricos, la luz y nutrientes orgánicos (aplicable a las cooperativas tratadas en la segunda parte de este trabajo que practicaban una agricultura ecológica).

Adicionalmente, como sostiene Miguel Ángel Altieri, en América Latina, por ejemplo, alrededor de 17 millones de unidades campesinas, distribuidas en más de 60 millones de hectáreas, esto es, aproximadamente un 34 por ciento de la superficie total cultivada, en explotaciones de una media de 1,8 hectáreas, producían el 51 por ciento del maíz, el 77

---

<sup>26</sup> Samir A. (2003); Fontana, J. (2010, 2011).

por ciento de las judías y el 61 por ciento de las patatas para el consumo doméstico<sup>27</sup>. Sin embargo, el modelo político económico realmente existente, al priorizar la agricultura de grandes explotaciones<sup>28</sup> iba a reducir progresivamente la agricultura sostenida por pequeños agricultores<sup>29</sup>. Representativo de esta evolución, al escribir estas líneas, es la concentración de tierra en Ecuador en determinados monocultivos de exportación. Así, el caso del banano, controlado por tres grupos familiares que acumulan más de 40.000 hectáreas; o, superando las 68.000 hectáreas, el cultivo de caña de azúcar reducido a no más de siete haciendas propietarias; y el monocultivo de palma africana, regentada por cuatro empresas, con más de 40.000 hectáreas<sup>30</sup>. Este escenario impulsado por la economía de libre mercado, estrechaba y excluía al agricultor tradicional, escasamente formado, con limitadas propiedades, sin recursos económicos, lo que de una u otra manera, iba a deprimir a numerosas familias obligadas a separarse de algunos de sus miembros para buscar el empleo fuera del país. Las migraciones fueron el testigo dramático de este proceso de exclusión, con

---

<sup>27</sup> Miguel Altieri ha sido presidente de la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA) y es profesor de la Universidad de Berkeley en California. Véase, Altieri, M. A. (2008) citado en Fontana, J. (2010: 165-166).

<sup>28</sup> En la actualidad, y desde hace unos decenios, se produce una situación de privilegio de las grandes empresas agroindustriales, cuya posición dominante es tal que han adquirido poder de veto en el sistema político, según un informe de Naciones Unidas. Véase (A/HRC/25/57) de 24 de enero de 2014.

<sup>29</sup> Un informe del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas referido al derecho a la alimentación destacaba entre otros aspectos, los efectos de privilegiar el «paradigma de la productividad» sobre «la formulación de políticas alimentarias y agrícolas»; un paradigma dominante desde al menos la revolución verde. El informe continúa: «las grandes empresas agroindustriales han llegado a dominar los mercados cada vez más globalizados gracias a su capacidad de lograr economías de escala... El proceso ha dejado marginados a los productores de alimentos más pequeños ya que, aunque pueden ser sumamente productivos por hectáreas de tierra y muy eficientes en función de los recursos si cuentan con el apoyo adecuado, son menos competitivos en las condiciones de mercado imperantes». *Ibíd.*, p.15.

<sup>30</sup> Martínez Valle, L. (2012: 231-252). En Brasil, por ejemplo, las «explotaciones agrarias familiares» han tenido un cierto respaldo estatal, coexistiendo, incluso, en las proximidades de productores agrícolas de gran escala; este modelo ha impulsado al ya reconocido como 'vecino del Sur'; sin embargo desde la década 90, la liberalización del comercio se ha traducido en una desindustrialización relativa del país, así como un reflujó en el valor agregado de sus exportaciones, con especial caída en el sector agrícola. Sin embargo, al igual que en el caso ecuatoriano, es preeminente la concentración de la tierra dedicada a plantaciones de azúcar para la producción de etanol, bajo unas condiciones laborales deficitarias y un impacto ecológico regresivo. Informe Naciones Unidas «Mission to Brazil» (A/HRC/13/33/Add.6).

un saldo migratorio de más del 7 por ciento de la población ecuatoriana en el último año del siglo XX.

Si este era el panorama de Ecuador, el vecino Perú presentaba un escenario muy similar; su presidente Alan García (1985-1990 y un segundo mandato entre 2006-2011), en 2007 escribía un pasquín reivindicando las bondades de la agricultura empresarial y demandando inversiones de capital extranjero para explotar los recursos naturales «ociosos» del país andino<sup>31</sup>. «La tragedia de los comunes» de Garrett Hardin (1968) y el imperio de la productividad iban a dominar el escenario geopolítico del nuevo liberalismo económico. Para los países en vías de desarrollo, como de hecho eran la mayor parte de los Estados fuera de la triada conformada por Estados Unidos, Japón y Europa, las posibilidades de emerger al escenario de la globalización a partir de su potencial desarrollo económico, aunque conllevase (no tanto de forma voluntaria, a pesar de que siempre han existido almas insensibles al sustrato ecológico de la vida) el progresivo empobrecimiento de la biodiversidad de la Amazonía brasileña o peruana<sup>32</sup>, constituía una oportunidad histórica. Ecuador, por ejemplo, con una tasa negativa del PIB del 4,7 por ciento en 1999, pasaba a un 5,1 por ciento en 2012 (World Bank, 2014), un signo inequívoco de la coyuntura favorable abierta en este siglo XXI que, como precisaremos, tenía sus contratiempos.

Ciertamente no todos los países iban a adoptar el crecimiento económico sin aparentemente una lectura crítica. Bolivia o Ecuador entraban a formar parte del denominado «socialismo comunitario o socialismo del Buen Vivir». Desde una perspectiva política, los levantamientos indígenas de los años noventa iban a cristalizar estados más plurales y convergentes. Por el lado económico, se pretendía aprovechar el crecimiento económico

---

<sup>31</sup> Diario *El Comercio*, edición del 28 de octubre de 2007.

<sup>32</sup> Como recordaban diversos informes del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, la expansión urbana propiciada por un elevado crecimiento demográfico, resultaba un urbanismo desordenado, intrusivo en los sistemas ecológicos, elevadas tasas de contaminación, carencia de servicios básicos para las poblaciones, entre otras afecciones. El caso de la ciudad de Manaus, en Brasil, relativamente poco poblada hacía unas décadas, pasaba a concentrar en su área urbana el 99,35 por ciento de los 1.612.475 habitantes del municipio. San Salvador duplicaba en treinta años su área urbana. En los Andes centrales del Perú, en la ciudad de Cerro de Pasco, la actividad minera, remontada al siglo XVII, cobraba especial fuerza durante el siglo XX, afectando unos índices de impacto ambiental y social sin precedentes. La dependencia de este país andino de la exportación extractiva era evidente, en 2009 suponía el 61 por ciento de sus desemboques.

sobre la base de un planteamiento o modelo de desarrollo alternativo al preeminente<sup>33</sup>. Como era de prever, una gran cantidad de problemas siguieron sin resolución por varios motivos; en primer lugar, las decisiones de las economías nacionales, por mucho empeño que se tomara en readequar un nuevo orden alternativo y progresista, estaban determinadas por un escenario dominado por la economía global. Así por ejemplo, al escribir estas líneas, en Ecuador se alzaban voces críticas contra el gobierno de Rafael Correa, que a pesar de las proposiciones de sostenibilidad ecológica y respeto a las comunidades indígenas, creaba un marco de inseguridad y polémica abierto a raíz de las posibles explotaciones petrolíferas en la reserva natural Yasuní, motivado en gran medida porque la comunidad internacional no se hacía cargo de una compensación económica acordada que podría mantener el crudo bajo el suelo<sup>34</sup>. En segundo lugar, en conexión con lo expuesto, se desprendían toda una plétora de problemas motivados por un exceso de dependencia económica del sector primario y de exportación. Esto era terreno común en la mayor parte de las repúblicas andinas. La dependencia de uno o dos rubros para la exportación crearía una y otra vez problemas de esta dimensión.

Por otro lado, la preocupación por la sostenibilidad ecológica tomaba brío durante la década noventa. No era una novedad que el equilibrio ecológico se había roto hacía bastante tiempo, al menos esta posición era sostenida por ciertos informes, como el ya clásico emitido por el Club de Roma: *Los límites del crecimiento*<sup>35</sup>, o las ingentes publicaciones de diversas instituciones mundiales, especialmente las dependientes de la Organización de Naciones Unidas (ONU), como la Organización para la Alimentación y Agricultura (FAO en sus siglas en inglés), el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), o el programa específico dedicado al medio ambiente, PNUMA, etcétera; como también múltiples iniciativas que provenían de fundaciones sociales privadas que impulsaban, tanto en

---

<sup>33</sup> Con la emergencia de América Latina en esta última década surgen con fuerza nuevos debates sobre desarrollo económico, social, político..., como además una cierta tendencia a regenerar las ciencias sociales desde marcos teóricos apuntalados en y desde la problemática del hemisferio Sur. Véase, por ejemplo, Boaventura de Sousa Santos (2010), o la obra coordinada por Irene León (2010), con aportaciones del economista ecuatoriano Alberto Acosta, entre otros citados en este trabajo. Estudios ya clásicos y que plantean revisiones profundas y críticas de la teoría económica clásica, véase por ejemplo, Aguilar, A. et al. (1978).

<sup>34</sup> Las críticas al proyecto extractivista han sido sostenidas tanto por movimientos sociales de diversa índole, como por el ex ministro de energía Alberto Costa Espinosa.

<sup>35</sup> Dennis H. y Donella L. (1973).

países del Norte como en el Sur, la agroecología, la vía campesina, entre otras propuestas de cambio al modelo hegemónico de desarrollo. Así por ejemplo, surgía el concepto de 'economía verde'<sup>36</sup>, impulsado por el citado PNUMA, y definido como «un sistema de actividades económicas relacionadas con la producción, distribución y consumo de bienes y servicios que resulta en mejoras del bienestar humano en el largo plazo, sin, al mismo tiempo, exponer a las generaciones futuras a riesgos ambientales y escasez ecológica significativa» (Serrano Mancilla y Martín Carrillo, 2011: 7).

Sin embargo, particularmente las sanciones legislativas en el sector agrícola ecuatoriano, así como las políticas macroeconómicas, desmontaron progresivamente el modelo de agricultura de pequeña escala, en clara contradicción con las políticas ecológicas señaladas. En 1994 se sancionó una legislación agraria que algunos investigadores sociales denominaron como una auténtica contrarreforma: la Ley de Desarrollo Agropecuario, bajo la presidencia del conservador Sixto Durán Ballén (1992-1996) (Martínez Valle, 2004).

Este marco legislativo no sólo impulsaba y consolidaba definitivamente el desarrollo de la agricultura empresarial, lo que no siempre beneficiará a las economías campesinas, como se verá en este trabajo de forma reiterada. Además, las organizaciones campesinas e indígenas dejaban, en buena medida, sus justas reivindicaciones sobre la tenencia y distribución de la tierra a partir de la reforma agraria para dar paso a un tipo de 'neoindigenismo'<sup>37</sup> dirigido, en algunos casos, por programas específicos de las instituciones financieras internacionales<sup>38</sup>. Tras mu-

---

<sup>36</sup> Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) (UNEP/LAC-IG.XVII/4). Ciudad de Panamá, 29 y 30 de abril de 2010.

<sup>37</sup> Algunos investigadores han demostrado, incluso, cómo se ha producido, a través de revulsivos de instituciones internacionales, un efecto de 'neoindigenismo', dando lugar a una constitución de elementos o rasgos que se alejan de la concepción clásica de la comunidad indígena y se aproximan a posiciones controladas por las esferas macroeconómicas. Un nuevo interés por las comunidades indígenas proviene, como ha recordado V. Bretón, de los «modelos de intervención indigenista» que desde el Primer Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en Pátzcuaro (México) en 1940, impusieron la idea de universalizar una cultura moderna entre los pueblos de raigambre indígena. Véase, Bretón, V. (2001); Guerrero, A. (1996).

<sup>38</sup> Como constataremos en este trabajo, surgieron una serie de cooperativas de segundo grado indígenas y campesinas al albur de programas auspiciados por las instituciones financieras internacionales, tales como el Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo, etc. Cuando la financiación se agotó, gran parte de estas organizaciones se diluyeron.

chos años de influencia marxista, ahora los discursos emancipadores se diluían e iban proyectándose nuevos, y en algunos casos, viejos modelos de desarrollo, de crecimiento y de participación política de los actores sociales en el tablero de juego de los Estados nación y del rol de éstos en la economía mundial. Cómo si no explicar las palabras de desaliento de épocas pasadas de un campesino humilde venido a empresario de fruta tropical: «las utopías del socialismo se habían terminado con la caída del muro de Berlín y *ese tipo de cosas...*, entonces teníamos estos ideales y luchamos para esto, pero si el horizonte no existe, para qué luchar. Algunos compañeros abandonaron por la pérdida de la utopía<sup>39</sup>». Pronto se constataría que las alternativas al socialismo (en el caso del campesinado cristalizadas en la reforma agraria), se cerraban en una sola vía: la empresa agraria. Muchas cooperativas surgidas durante las reformas agrarias, con discursos políticos radicales fueron atraídas, sin remedio, hacia el nuevo escenario del libre mercado.

Y si el reino del mercado retomaba el báculo en la década de los noventa, también fueron años en los que se alzaron la «voz de los cerros y los páramos<sup>40</sup>»; las poblaciones indígenas reclamando derechos históricos usurpados, protagonizaron una ‘década ganada’, desde el Movimiento de los Sin Tierra (MST) en Brasil, a los levantamientos indígenas en Ecuador en diferentes momentos, en 1990 y 1994, 2000 y 2001 respectivamente. Además, el indígena, objeto histórico de la antropología, pasaba a tener representación política a través de organizaciones nacionales como la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) o la formación del partido político *Pachakutic* en 1995<sup>41</sup>, iniciándose así la reestructuración de la sociedad ecuatoriana que daría lugar al denominado ‘Estado plurinacional’ reconocido en la Constitución de Montecristi de 2008.

Por supuesto, más allá de las controversias de dichos procesos, «nada va a ser igual, ni en Ecuador, ni en Colombia, ni en Perú, ni en Bolivia... Nada está ya siendo igual. La *conquista de la nación por el indio*, o los nuevos mecanismos de participación política, inventados, reinventados,

---

<sup>39</sup> Entrevista realizada por el autor a Joaquín Vázquez, Madrid-España, 2009.

<sup>40</sup> En alusión al artículo citado en este trabajo de Juan Marchena Fernández (2006).

<sup>41</sup> Conviene recordar que durante las décadas treinta y cuarenta se produjo un auge del sindicalismo en Ecuador. La Confederación de Trabajadores Ecuatorianos (CTE) surgió en julio de 1944 y en agosto del mismo año, la Federación Indígena Ecuatoriana (FEI). Ambas fueron las organizaciones que contribuyeron a movilizar a los campesinos para promover una reforma agraria en el campo ecuatoriano.

propuestos y conquistados, indican que nos encontramos ante cambios muy importantes en la sociedad y en la política del subcontinente» (Marchena, 2006: 44).

Las movilizaciones indígenas trajeron consigo la atención de los científicos sociales, además de organizaciones de diverso tipo, procedencia e interés, desde Organizaciones No Gubernamentales, hasta el Banco Mundial, y cómo no, las grandes multinacionales del extractivismo con fuertes intereses en las ricas tierras de la Amazonía. Fue la década de mayor producción de estudios acerca del indigenismo. Este auge de las publicaciones sobre movimientos indígenas e indigenismo, tendría como contrapartida, en ningún caso justificada, la práctica inexistencia de estudios sobre las poblaciones campesinas de las zonas costeñas del país, consideradas mestizas. Estas poblaciones del litoral no cobraron relieve entre los estudiosos de lo rural, más atentos a los pisos altos andinos. Este hecho provocó dos efectos interrelacionados y graves; por un lado, la escasez de estudios de caso sobre las condiciones de vida de los habitantes litoraleños los tornaba vulnerables y dependientes del capital agrario expandido entre los cultivos de banano; y, adicionalmente, los programas de desarrollo rural se centraban en poblaciones de la sierra andina. Así, tanto las políticas públicas como las organizaciones filantrópicas prestaban escasa atención a estas poblaciones: «auténticos conglomerados humanos, carentes de una sostenible acción pública, de políticas del Estado, conforman tugurios poblacionales en extrema pobreza<sup>42</sup>». En Ecuador, y en toda América Latina las discusiones sobre «el problema indígena» eran prolijas; por el contrario, nada se discutía sobre la situación de los trabajadores en las plantaciones bananeras o florícolas: «Estamos llegando a la aberración, argumentaba con gran razón Luciano Martínez, de creer que los problemas sociales sólo tienen una dimensión étnica y no clasista<sup>43</sup>».

Los programas de cooperación y desarrollo en exceso variopintos y en ocasiones alejados de las necesidades vitales del campesinado, restringieron (unas veces de forma voluntaria, como veremos, otras ingenuamente) la problemática rural a un crisol fragmentado de cuestiones, por otro lado, altamente complejas, como era la «educación de género», la pobreza, la desigualdad, etcétera, sin considerar abiertamente el papel

---

<sup>42</sup> Del prólogo al estudio de Luciano Martínez (2003) sobre el caso del cantón La Maná, en la provincia de Cotopaxi, escrito por Francisco Rhon Dávila.

<sup>43</sup> Martínez Valle, L. (2007: 217-218).

de la reforma agraria como política pública para elevar las condiciones de vida de los habitantes de los países en vías de desarrollo<sup>44</sup>.

El resultado fue la preeminencia de un desarrollo rural fragmentado. Tecnicismos como ‘capital social’, desarrollado por Robert Putnam (1993) tomaban en cierto modo el relevo al ‘capital humano’ del citado Theodor Schultz (1956 ;1961). De una u otra manera se trataba de fomentar el desarrollo de los países periféricos y elevar sus tasas de crecimiento económico. Si bien T. Schultz abogaba por la educación, la salud y la implementación de nuevas tecnologías, con el fin de mejorar el rendimiento agrícola; R. Putnam, por su parte, defendía la cooperación entre sujetos y colectivos, con el fin de fomentar una sociedad civil fuerte. Este autor se había inspirado en Italia para desarrollar su marco teórico; una Italia septentrional organizada y desarrollada, frente a un *Mezzogiorno* empobrecido y desorganizado<sup>45</sup>. Al finalizar la década noventa, el Banco Mundial se hacía eco de la teoría de Putnam, y surgían por doquier programas «para promover el fortalecimiento de las organizaciones populares». En 1998 el gobierno ecuatoriano firmó un contrato con el Banco Mundial por valor de 50 millones de dólares, con el fin de apoyar a poblaciones indígenas y desarrollar su capacidad organizativa (North, 2008: 34). Los resultados de estas intervenciones fueron muy reducidos.

En opinión de muchos especialistas en desarrollo rural, en buena medida citados a lo largo de este trabajo, la transformación debía ser inducida a partir de la distribución de los activos por reforma agraria, y la generación de unas condiciones políticas básicas para el desarrollo de una sociedad civil integrada y superadora de la sectorialidad compensatoria de los programas de desarrollo rural. La reforma agraria sigue siendo hoy un camino esencial para favorecer la vida de los pobres de los países en vías de desarrollo (Lipton, 2009).

---

<sup>44</sup> Uno de los ejemplos más citados es el desarrollo exitoso de los Tigres Asiáticos, esto es, Japón, Corea del Sur y Taiwán. En los tres casos se llevaron a cabo profundas reformas agrarias y políticas de Estado intervencionistas. Véanse por ejemplo los trabajos de Liisa North (2008); Cristóbal Kay (2001).

<sup>45</sup> El problema de la cuestión meridional en Italia había sido abordado durante el siglo XIX por diversos autores, entre ellos Antonio Gramsci. Una Italia del norte que había drenado capitales del Sur a través de un Estado con fuertes intereses en la zona septentrional. Este drenaje había impedido el desarrollo del *Mezzogiorno*: «funcionando como una colonia de consumo» y posibilitando el desarrollo industrial del Norte. Véase Mario García Bonafe (1975).